

bre un gran país, conquistarlo, sujetar su indómita independencia á tu pujanza, es difícil cuando tal obra se prepara y se emprende con las manos vacías de oro. Y no podemos tratar á estos mercaderes de Fenicia como tratamos á los pueblos del corazón del Asia. Allí vamos armados de nuestras armas, y los cazamos como fieras, obligándoles á ofrecernos todas sus riquezas, todos sus frutos. Mas estos señores del mar, que parecen tener por alas el viento, cuando se ven oprimidos se pierden con la rapidez del relámpago en el lejano horizonte, y en cualquier peñasco aislado en medio de las olas alzan su nido como la gaviota ó como la golondrina. Es necesario dar con el pié en tierra para que brote oro.

KEKOBAD.

Búscalo tú. Hiere la tierra con mi cetro, y de la tierra saldrá un raudal de diamantes. ¿Pues qué, no ha de haber oro en el mundo para el descendiente de Orzmud, para el hijo del sol? El oro es un rayo de luz que se ha cuajado en las entrañas de los montes. Y la luz es toda mía, toda de mi poder y de mi dominio.

EL GRAN MAGO.

Es verdad. Mas hoy no tienes oro. Y sólo hay un medio de tenerlo pronto, y de tenerlo como no lo tuvieron nunca tus gloriosos predecesores.

KEKOBAD.

¿Cuál es ese medio? Dilo, dilo.

EL GRAN MAGO.

Vamos á Tiro, á la ciudad mercantil del Asia. Allí se reúnen todas las caravanas, allí tocan todos los navíos, allí se citan todos los mercaderes, allí corre el oro como las arenas en el desierto. Y puesto que el número de tus esclavos es tan inmenso, esclavos de tu palacio, de tu templo, de tus jardines, de tus cuadras, de tus montes, de tus bosques, de tus ríos; esclavos en Media, en Bactriana, en Persia, en Nínive, en Babilonia, en Fenicia; véndelos, si, véndelos, y recogerás el oro á manos llenas, y podrás clavar tu espada en el corazón del Egipto. Mira (*señalando la cabaña de Oriel*); ahora mismo pasamos por una choza de esclavos. Véndelos, véndelos; que donde quiera que vayas, tendrás por esclavos reyes, príncipes, guerreros y sacerdotes.

KEKOBAD.

Vende, sí, vende todos mis esclavos. (*La comitiva se pierde á lo lejos, despues de haber pasado por delante de la choza de Oriel. Este, su hijo é Iria han estado de rodillas desde que han descubierto al rey hasta que lo han perdido de vista.*)

ORIEL.

¿Has oído? ¿No ha llegado una voz lúgubre, un acento desgarrador hasta tu alma? Me pareció que el mar se levantaba un instante sobre su lecho, como un ébrio que quiere incorporarse y cae vencido por el sueño. Me pareció que el sol se ocultaba como avergonzado de lo que va á suceder, y que por no mirar nuestra desgracia se envolvía en sus nubes, como la virgen tierna y sencilla se cubre con su manto de lino por no ver un asesinato. Me pareció que al ir á beber un gilguero en el arroyo se apartó con terror, porque el arroyo le dijo: «Soy una lágrima, y como lágrima soy amargo.» Me pareció que el aire, al chocar en las rocas, lanzaba un lamento tan profundo, que hasta las piedras se abrian de dolor y gemían. Me pareció que los árboles desesperados sacudían sus hojas para derramar en el suelo sus frutas y sus

flores, deseosos de condenarse á eterna esterilidad. Me pareció que en esta tierra cubierta de verdor por nuestro gigantesco trabajo, en esta tierra sobre la cual llovía el cielo sus más puras aguas, y en cuyos árboles cantaban con tan dulces armonías los ruiseñores, en esta tierra de lagos, de bosques, de montañas coronadas de nieves, de mares azules como el cielo, de abejas doradas como las estrellas, de mariposas de mil varios matices, se tendía el desierto con toda su infecundidad, y anidaban como sus únicos habitantes las víboras. Y me parecía que mi corazón saltaba del pecho, mis ojos de su órbita, mi idea de mi cerebro, mi vida de mi cuerpo, tú de mi lado, y mi hijo, mi hijo, de tu seno. Y todo fué porque al pasar junto á nosotros el carro del rey, del bienhechor que nos ha dado estos campos, oí una voz aterradora que decía con siniestro acento: «vende, vende todos mis esclavos, véndelos.» ¡Oh! ¡Gustar un instante de la felicidad, para despues perderla! ¡Cuánto mejor ¡no era el oscuro antro y la pesada cadena! ¿Por qué he gustado la felicidad un instante?

IRIA.

No temas, no tiembles. ¿Cómo habian de venir

á arrancarnos de aquí? Esta tierra está encantada por nuestros amores. Cuando la ola viene á morir en la playa y nos vé, deja el aire sembrado de rumores y de ecos, la tierra de conchas y caracoles, como si tomara parte en nuestra felicidad. Cuando el arroyo siente que nos acercamos, detiene un poco su curso, y en el remanso de sus aguas, donde se miran las plantas y las flores, retrata nuestros rostros radiantes de felicidad. Cuando el árbol florido, el temprano almendro nos cobija, se entrega á su amor con el áura, y al estremecimiento de su pasión deja caer sus flores sobre nuestras cabezas para coronar sin duda nuestra felicidad. Cuando la paloma siente nuestros pasos al lado de la cabaña, aumenta sus melancólicos arrullos, como diciendo á su compañero que aprenda amor de nuestro amor, felicidad de nuestra felicidad. Cuando la luna en la callada noche nos vé correr á regar una flor, á respirar un beso de la brisa, á recoger una luciérnaga que brilla entre la yerba, á dirigir una oración á los astrós que centellean en los indecisos matices del azulado horizonte, torna su luz más suave, baña con más melancólicos resplandores las hojas de los bosques, desliza entre las sombras con más cuidado sus rayos, baja á los lagos, al mar, como

ansiosa de ver de cerca nuestra felicidad. Cuando el rui señor está sobre la rosa bebiendo la gota de rocío guardada en su corola, aspirando sus aromas, columpiado por el áura, cerca de su nido, y nos vé inclinados sobre las palmas donde duerme nuestro hijo, velando su dulce sueño y oyendo su tranquila respiración, siente crecer su paternal amor, afina su garganta, y llena los aires de cánticos, cual si quisiera acompañar nuestra felicidad. ¿Y el hombre, sólo el hombre será capaz de deslizarse en esta cabaña, que es paz y virtud y amor, para turbar nuestra felicidad?

ORIEL.

Repite esa palabra felicidad, y mira. (*Señala unos soldados que se dirigen á la cabaña.*)

IRIA.

¡Ay! ¿Qué idea siniestra ha cruzado como un relámpago por mi alma desolada? Arrancarme de aquí, venderme, no, no puede ser. Dioses que flotais en el aire, génios escondidos en las espumas del mar, venid en mi socorro. Mi hijo, mi hijo debe crecer en esta cabaña, al pié de estos árboles, en el seno de estos amigos campos, unido á su madre. Los soldados se adelantan con feroci-

dad, aullando como una bandada de cuervos que se arrojan sobre un cadáver. ¿A qué vendrán aquí con sus armas, con sus ódios, aquí donde sólo reinan la paz y el amor?

ORIEL.

Permíteme un recuerdo, Iria, un recuerdo de amor. Estabas tú, en la noche de nuestro encuentro, bajo los cedros, iluminada por la luna que había atravesado el espeso velo de las nubes, respirando el dulce aliento del áura que parecía dormirse en tu seno; y me jurabas, delirante de amor y de esperanza, por el Dios que hablaba en el susurro de las selvas, ser mi eterna compañera. Y yo, que respiraba tu aliento perfumado, que bebía en tus ojos la luz de una nueva vida, que caía en un vértigo cada vez que un rizo de tu flotante cabellera rozaba mi frente, agitada y encendida como si la tocara el ala misteriosa del dios de los amores; yo, al estrecharte en mi delirio contra mi pecho palpitante vivificado por el fuego de mi pasión, al unir mis trémulos labios con tus labios; en aquel momento supremo, propio sólo para desvanecer todo recuerdo, para matar todo asomo de dolor, sentí una mano de hierro, fría como el hielo, que paraba los latidos de mi

corazon, una sombra negra como las tempestuosas nubes, que oscurecía todo mi pensamiento, y me acordé con horror de que era esclavo, y te rechazé de mi seno maldecido, porque sólo esclavos podían dar nuestros amores á la tierra. (*Iria lanza un grito de dolor, y abraza á su hijo.*) Y hé ahí nuestro hijo, la única víctima inocente de nuestro amor. Ha nacido libre, y ahora vá á ser esclavo. Ha corrido por el campo como la mariposa, y ahora llevará una cadena al pié, una argolla en la mano. En esos labios, en esas rosadas megillas tantas veces cubiertas por nuestros besos se cebará el látigo de su amo, sin duda más cruel que una serpiente. Esos ojos que son nuestra delicia, de puro llorar concluirán, como los míos, por secarse cual un desierto; horrible aridez de sentimientos que también llegará al corazón. Y tú lo habrás parido con dolor, lo habrás cuidado con el celo de madre, habrás secado sus primeras lágrimas con tus besos, le habrás dado toda tu vida en tus pechos, le habrás tenido siempre en tu seno, por creer dura cualquiera cuna para tu hijo, y frío cualquier lugar donde no esté el calor de tus sentimientos de madre; y ahora lo arrojarán á una caverna, lo dejarán desnudo á la intemperie, le darán el alimento sólo necesario pa-

ra mantener su vida de amargura, le maltratarán, le cargarán como una bestia, le despreciarán si enferma; y así vivirá sin amor, y morirá sin que caiga sobre sus cenizas ni una lágrima; y su última palabra será tal vez una maldición para los despiadados que le dieron el sér.

IRIA.

¡Qué horror! Esclavo, esclavo. No, no. Antes mi mano le dará la muerte; antes le arrojaré en el no sér: Hijo mio, hijo mio.

EL NIÑO.

Madre, ¿por qué lloras? Oye el ruiseñor que canta; mira el arroyuelo que corre; huele, huele esta flor que se abre. No llores, madre, no llores. Todo está tan hermoso como siempre, todo. ¿Por qué lloras? Dame, padre mio, un beso. Si llorais porque quité el nido, os digo que ya no quiero más nidos. Mira; el avecilla canta allí. Está muy alegre. Sus pequeñuelos pian; y levantan y sacuden ya sus alitas. ¿Por qué llorais vosotros? ¡Oh! Me haceis llorar á mí tambien. Hasta el corderillo viene balando á preguntarme qué teneis. Se acercan unos hombres. ¡Qué relumbrantes vienen! ¡Qué hermosos! Miralos, madre, miralos.

Levanta los ojos y no llores. Son muy hermosos.

IRIA.

¡Inocente, inocente! ¡Ay! ¡Ay! (*Se cubre el rostro con las manos, y oculta entre los pliegues de su vestido á su hijo, al llegar los soldados.*)

UNO DE LOS SOLDADOS.

Esclavos de Kekobad, venios con nosotros. El rey ha dispuesto vender todos sus esclavos, y manda que salgan de su habitacion todos, y todos vayan á la plaza pública al mercado. Cumplid, pues, sus órdenes. ¡Ea! Pronto, pronto. Mirad; por aquella ladera bajan tambien esclavos que estaban guardando los ganados del rey. Pronto, pronto; al mercado de Tiro. Todos vais á ser vendidos.

IRIA.

Por piedad, os ruego que me salveis. A un dueño del mundo, á un señor de tantos hombres y naciones, ¿qué le importan estos tres pobres séres perdidos en sus dominios como tres granos de arena en el desierto, como tres gotas de lluvia en el mar? Dejadme aquí. En la madriguera de una leona, comiendo las raices de los árboles, somos

felices los tres, completamente felices, porque toda nuestra dicha consiste en vernos, en oírnos, en besarnos. ¡Ah! Si ese rey tiene vida, la debe al compañero de mis días, ¡y así le paga! Decidle que nos atormente con garfios encendidos, que nos mate si le place, pero que no nos separe. Valdria más que viniera y abriéndome el pecho me arrancara el corazón á pedazos, antes que apartarme de mi hijo. Mirad mis lágrimas que corren á torrentes, mis lágrimas que ablandarian una piedra. Oid mis gemidos que arrancarian sentimientos compasivos y tiernos á las entrañas de un leon. Pensad en vuestra madre, si es que tenéis madre. ¿Quién no compadece, quién no ama el corazón de una madre? ¡Oh! La muerte me parecería poco por mi hijo. Al fin la muerte es un sueño. Yo le seguiría de rodillas por toda la tierra; yo bebería sus lágrimas; yo bajaría al fondo calabozo donde le encerrarán, para mirarle, al ménos en el postrer momento de mi vida, en el último trance de mi existencia. Nadie puede en el mundo separar un hijo de su madre. Venid, venid, y acabaré con vosotros. La rabia, el dolor pondrán el veneno de la víbora en mis fáuces, en mis dientes, en mis ojos; y al arrancármelo, con miraros no más, os mataré. Atrás. No sabeis lo

que puede el corazón de una madre. Hijo, hijo mio, tú no serás esclavo, ¡no! ¡no! ¡no!

ORIEL.

Soy culpable, lo soy. Yo únicamente, yo soy el autor de vuestra desgracia. Yo te he asesinado, mujer, y yo he asesinado á mi hijo. ¿Qué importa la vida sin libertad? ¿Qué vale sin libertad el amor? Le he dado á mi hijo un cuerpo, pero no le he dado un alma. Le he dado el sentimiento para padecer. Le he dado la vida para que de ella viva un déspota. ¡Oh! Maldito sea el instante en que te engendré. Yo, loco de mí, siempre me dejo seducir de una ilusion que el fuego de la calentura levanta en la soledad de mi alma. Una luz engañosa, más brillante que la estela en el mar, pero también más fugitiva, me dice que soy de otra pátria, que hay otro mundo, donde para siempre dejaré rota y deshecha mi cadena; y lo creo, y espero, y á cada resplandor de esta creencia, de esta esperanza, imagino que ese mundo va á surgir, trayéndome un aliento, un suspiro de libertad. Y ahora me veo próximo á ir á un mercado como una bestia, con la mujer que he amado casi sin vida á mis piés, y mi hijo herido ya

en su alma por eterna esclavitud. ¡Oh dolor! Resignémonos á nuestra eterna desgracia.

IRIA.

¡Resignarnos! Muramos antes mil veces. Yo no me resigno á ver en cadenas á mi hijo ; yo no me resigno á que me separen de tí. No puedo hasta ese punto mandar en mi voluntad. No puedo reprimir mi corazón, que estalla. Si tengo fuerza, que la tendré, cogeré las trenzas de mis cabellos, ahorcaré á mi hijo, y me arrojaré al hondo mar; pues más le quiero pasto de los peces, que esclavo de orgullosos señores. Hijo mío, hijo mío.

EL NIÑO.

Madre, no llores. Mira, no temas á esos hombres. El sol, que tantas veces me has enseñado á adorar, se ve en sus pechos de acero. Muy buenos deben ser, cuando el sol tanto los quiere. No llores, madre, no llores. El cielo está tranquilo. No se oye el ruido del trueno. El mar está en calma, y no amenaza, como otras veces, sorberse la barca de nuestro padre, que se halla á nuestro lado, libre del viento y de las olas. No llores, madre, no llores.

UNO DE LOS SOLDADOS.

No queda tiempo que perder. Vámonos, vamos pronto. El esclavo que se resista, será desnudado, herido con un clavo en las manos y en los piés, azotado y puesto una noche á la intemperie, y encerrado en un tronco hueco, de donde sólo pueda sacar las manos y los piés y la cara, y se untarán piés, manos y cara de miel, á fin de que alzado en una eminencia, á los ardientes rayos del sol, vayan las moscas y los tábanos y las hormigas, y toda clase de insectos á chuparlo y roerlo hasta que espire entre desesperantes dolores.

IRIA.

¡Oh! Callad, callad, por lo que más en la tierra ameís.

UNO DE LOS SOLDADOS.

Y al pié del suplicio del esclavo se encenderá una hoguera alimentada por maderas del Libano, y en esa hoguera serán arrojados sus hijos para que mueran abrasados como un holocausto grato á los dioses de Tiro, que aspiran con placer el olor de los sacrificios humanos, y muy especialmente el humo que levanta la inocente sangre de los niños.

IRIA (*estrechando á su hijo*).

Vamos, sí, vamos donde queráis. Ya no me resistiré más, vámonos. El que me compre en el mercado, ¡oh! me comprará con mi hijo. No me separaré jamás de la prenda de mi corazón. Corramos, corramos á la ciudad, á donde queráis. ¡Un suplicio, un sacrificio! Hermosos campos, nido de mis amores, recibid la última despedida de un corazón desgarrado.

ORIEL (*marchando con todos hacia el mercado*).

Campos, hermosos campos, testigos de mi felicidad, compañeros del único día de paz que me ha sonreído en la vida, os dejo para siempre, y vuelvo á ser desgraciado, á vivir arrastrando mi eterna cadena. Ya no aplicaré el oído al tronco del árbol recién plantado, para sentir si por sus filamentos corre la vida. Ya no libaré en mis labios el primer aroma de la flor entreabierta por el beso del áura, erguida sobre el ramo cual si llamara á sus festines y á sus amores á las mariposas y á las abejas. Ya no oiré el pino que vibra como un arpa en los altos montes, el impetuoso rugir de la catarata que salta por las breñas, el susurro de los cedros agitados por el viento, el cántico del grillo y de la cigarra, la primer ora-

cion de la alondra en el alba y el último gorgojo del ruiseñor en la tarde, el agudo pío de la golondrina que avisa á los polluelos y á los gallos dispersos por los alrededores de la cabaña la venida del águila rapaz, cuyas alas flotan como una blanca nube en los aires, mientras la paloma y la tórtola se acogen á sus nidos y contrastan el grito odiado de las aves de rapiña con sus largos y melancólicos arrullos, semejantes á un coloquio de amor. Cabaña, cabaña mía,alzada en los riscos, escondida entre pámpanos y olmos, hecha de pajas y de cañas por mi mano sembradas y por mi mano cogidas, nido de golondrinas y de mi familia, único santuario de felicidad que he encontrado en la tierra, pronto, pronto la soledad te devorará, te pudrirá la lluvia, te abrasará el fuego del sol, y vendrás á ser madriguera de tigres y leones. Mar, amado mar, tanta hiel hay en mi corazón como agua en tu inmenso seno, y más tempestades hay en mi vida que en tus profundos abismos y en tus libres vientos. Adios. Ya no vendrá la ola á besar mis piés, ni la brisa á orear mi frente, ni la nocturna estela á encantar mi vista, ni el ruido de las gotas que se desprenden del remo á regalar mi oído, ni el ave marina á llevarse en su raudo vuelo mi pensamiento, ni tus cor-

rientes ni tus huracanes á levantar una tempestad, una ambicion gigantesca de lo infinito en mi alma de esclavo. ¡Cuántas veces, al oír el bramido de las olas, el estruendo de los vientos, el hervir de las aguas en los abismos, el eco prolongado en las cavernas, el clamoreo de las gaviotas que rozan con sus alas fugazmente las espumas, el ruido de las piedras de continuo removidas, he sentido que en mi sér habia algo más que este pobre cuerpo frágil como un vaso de barro; y me he levantado á contemplar dentro de mí mismo un mundo inmenso como el mar, agitado como la tempestad, oscuro como el abismo; mundo que no he podido comprender, y cuya grandeza sólo he adivinado por su misma oscuridad; mundo que se levanta sobre todos los séres como la luz sobre la naturaleza; mundo esclarecido sólo por un deseo ciego que hay en mi alma de poseerse á sí misma, de ser dueña de su vida; mundo interior, universo indescifrable, en cuyo seno se refugia la perseguida, la anonadada libertad de mi sér! ¡Ah! ¡Qué palabra he pronunciado! No quemes, no, mis lábios, palabra vedada por todos los tiranos. Nidos de paloma, enramada donde el ruiseñor se refugia, tronco en cuya resina fabrican sus panales las abejas; riscos por do salta la

cabra montés, prado en que pace el manso corderillo, tosco barro de donde se alza á recibir el primer beso del nuevo día la alondra, techo de paja en que se refugia la golondrina, surco abierto por el buey, monte en que canta el pino y anida el águila y muge el torrente, playa sonora cubierta de arenas y de conchas, hirviente mar coronado de espumas, recibid la última despedida de un alma que va á hundirse para siempre en la eterna oscura noche de negra esclavitud. (*Se pierden todos á lo léjos camino de Tiro.*)

CORO DE SACERDOTES (*á la puerta de un templo de Tiro.*)

Cantemos á Tiro, reina de los mares. Las nubes son su diadema, los vientos sus alas, el celeste mar su inmenso templo, los huracanes y las tempestades su música, las estrellas las letras doradas del libro de su ciencia. Su Hércules ha recorrido los mares, ha levantado en cada escollo un templo, ha encendido sacrificios en la cima de las islas con la lumbre robada al mismo sol. Las olas clamando con su continuo cántico á nuestras montañas y acariciándolas con sus ósculos, consiguieron que el cedro del Libano se entregara á sus brazos, y lo llevaron en triunfo hasta los úl-

timos límites del mundo, como un testimonio y un recuerdo de sus eternos amores con la tierra. Y después el hijo de Fenicia, que nace á las orillas del mar, que pasa toda su vida peleando con las olas y los vientos, animó el tronco inerte del cedro, dándole en la vela de lino un ala más ligera que el ala de la gaviota, é infundiendo con el viento recogido en los pliegues de esa vela un espíritu tan poderoso y movable como el espíritu del hombre. Deja, Tiro, que los reyes de Asia caigan como buitres sobre las entrañas de los pueblos, y se embriaguen de sangre recogida en los cráneos de sus enemigos, y se gocen con los lamentos de los moribundos, y tengan por trono inmensa montaña de cadáveres, y por corona el oscuro vacío de la tumba, mientras que tú, bendecida por las olas y cantada por las brisas, llevando en tus manos el remo pacífico que hiende los mares, te coronas de algas y de perlas, y te vistes tu púrpura, y compartes con todos los hombres las riquezas del comercio, diosa del trabajo. Tú has abierto un fondeadero para todas las naciones. Los abetos de Sámos te dan tablas para tus naves, los cedros del Líbano altos mástiles, las encinas de Basan fuertes remos, la India popas de marfil blanco cual la nieve, Egipto lino para tus velas y

colores para dar á las velas todos los matices del iris, los habitantes de Sidon marineros, los magos de Oriente pilotos; y Cartago te llama hermana, y Grecia viene, como una sirena perdida entre las ondulaciones del mar, á entonar acompañada de su lira un cántico en tus oídos; y Thogerma arrastra de la rienda impetuosos caballos para tus carros de plata; y Siria siembra de perlas tu camino, como la aurora de gotas de rocío la cuna del nuevo día; y Judea llena de trigo tus trojes y de oloroso aceite tus cristalinas lámparas; y Damasco vierte en tus copas de oro ibérico su púrpuro vino; y Arabia deposita en tus aras sus corderillos y sus dátiles, y Sabá su mirra y sus aromas; y el guerrero de Persia cuelga sus escudos de tus templos, y los hijos de Arad sus aljabas de tus torres; y tú, agradecida, tiñes en tu púrpura los mantos de todos los reyes de la tierra, y cobijas á todas las naves del mar, como el águila cobija á sus hijuelos allá en las alturas bajo sus blancas alas. Coronate, hermosa ciudad, con las perlas y los topacios y los diamantes y los carbunclos y el zafiro y la esmeralda que te traen tus hijos, para que brilles sobre todas las ciudades como brilla el sol sobre los astros. Al fin, ninguna diosa podrá presentar como tú un collar de perlas, un

velo de espumas, una túnica celeste como el mar, un cinturón de corales y una diadema en que están engarzados los astros. Tú tienes dos cielos, el que se extiende sobre tu cabeza, y el que retrata el mar cuando huellas las olas tendida en tu nave de marfil y cedro. Tú unes como un anillo el Oriente y el Occidente. Tú recibes al navegante que viene mojado de luchar con las olas, y al errante conductor de la caravana que viene empolvado de luchar con el desierto. ¡Salud, salud á Tiro!

UN MERCADER DE LINO. (*Todas las escenas siguientes pasan en el mercado de Tiro.*)

Estamos en el gran mercado de Tiro, do se confunden todas las lenguas, y se mezclan todas las razas, y se juntan todos los productos del humano trabajo. Al pié de la alta montaña se ve descender la caravana que ha atravesado el desierto, y al mismo tiempo al lado de la tranquila ribera se ve la nave que ha atravesado el mar y pliega su vela como la gaviota encoje sus alas al llegar á su nido. El caminante entona un cántico agudo, melancólico, monótono como el ruido del viento que se estrella en las arenas, y el navegante entona un cantar vario, ligero, gracioso como

el choque de la onda en la proa de su barca; y el eco de esos dos cantares son el himno triunfal del trabajo sobre la naturaleza. ¡Qué hermoso está el mercado! Al rumor de las olas, al ruido del viento en las selvas se une el clamoreo de mil voces movidas por la pasión, por el interés, por el miedo, por la incertidumbre, por la alegría del lucro, por el deseo de poseer una de las mil maravillas que Tiro ha reunido en este su templo. Comparad este rumor del mercado, donde reina la vida, con el estruendo del campo de batalla, donde reina la muerte. Comparad al hombre blandiendo su espada para herir al hombre, con el hombre sobre la máquina, encorvado hácia la tierra, perdido en la inmensidad del mar, arrancando algun secreto á los seres que le rodean, exprimiendo sobre todos los lábios la vida que en sus pechos guarda naturaleza. ¡Hermoso está el mercado de Tiro! El sacerdote de Egipto viene á comprar incienso para expresar al pié del ara con una nube de azulado humo la religion de su pueblo. El mancebo griego, que acaba de desembarcar, corre, entonando una canción tan armoniosa como la brisa que se estrella en los pinos de su isla, á buscar collares y brazaletes de perlas para la doncella que le ha jurado amor. Las princesas de